

TODO A PUNTO, TODO EN ORDEN.

El señor Leandro era un tipo simpático, o eso pensaba la doctora Rivas. Aparecía por la consulta tres o cuatro veces al año, siempre solo, siempre sonriente. Contaba sus dolencias sin extenderse ni un minuto más de lo necesario. Entre bromas adulaba a la doctora bordeando el límite de lo permitido. Y la hacía reír. Era un paciente fácil. En cambio, la señora Mariana se mostraba distante las pocas veces que acudía a la consulta, parca en palabras; siempre parecía esconder un reproche contra la doctora, que no conseguía dar calidez al encuentro.

La primera vez que Leandro y Mariana se presentaron juntos fue cuando él salió del hospital. La doctora leyó el informe de alta tratando de dominar su preocupación, pensando en cómo levantar la mirada, sorprendida como estaba tanto por la gravedad del diagnóstico, como por la extraña conjunción de los personajes sentados del otro lado de la mesa. Al señor Leandro le habían operado de urgencia. La causa resultó ser un cáncer avanzado que ya había extendido sus metástasis silenciosas a hígado y pulmón. Leandro estaba demacrado, aunque todavía se permitió alguna pequeña ironía. La señora Mariana mantuvo su rostro serio, el único que la doctora Rivas le conocía.

La enfermedad siguió su curso inexorable. Uno de esos días en que la doctora acudió a su casa, después de que él se adormilara con la morfina, se quedó un rato más con la intención de hablar con Mariana. Al fin y al cabo ella también era su paciente. Salieron de la habitación del enfermo y ocuparon la pulcra salita de la casa. Se entretuvieron un rato con los papeles, hasta que la doctora se atrevió a mirar a Mariana a la cara y le dijo con toda la benevolencia de la que fue capaz:

-Mariana, entiendo lo duro que es lo que está pasando...

-Usted no entiende nada, doctora –respondió bruscamente Mariana.

La doctora Rivas sintió quebrarse en el aire su frase aprendida, bajo la mirada impávida de aquella mujer de rostro de porcelana acostumbrada a no sonreír, a no llorar, a no decir. Tras una tosca disculpa, se ofreció humildemente a escucharla. Mariana dudó, no confiaba mucho en quien le reía desde siempre las gracias a su marido. Con unas pocas frases le desveló de golpe su sufrimiento, su sacrificio. Le estaba cuidando y era duro, sí, pero no como la doctora imaginaba.

Mariana le contó que se casaron en 1967. Él era albañil y ella costurera. Una pareja normal. Ella dejó el taller cuando llegaron los hijos. El primero ocupó su vientre desde la noche de bodas. Entró con dolor, con torpeza, sin amor. Ella se quedó fría. Durante un tiempo esperó que esa rudeza fuera pasajera; pero después, aprendió a callarse y así fue ya siempre. Todo en orden, todo a punto.

Sus dos hijos se hicieron hombres conviviendo con los gritos que daban paso al silencio. Se acostumbraron a mirar a través de una rendija desde detrás de las puertas, procurando no molestar. Cuando se emanciparon, Mariana reunió el coraje necesario para dejar el dormitorio conyugal. Trasladó su ropa por el pasillo apretándola contra el pecho. Los encuentros forzados se hicieron entonces cada vez más esporádicos. Menos voces, menos bofetadas, el mismo desprecio. Una vida sin palabras.

Mariana amaba cada vez más el silencio: su soledad era lo más parecido a la libertad. Continuó cosiendo en casa, acumulando pequeños ahorros que apuntalaban su fortaleza. Cuando aceptó que otro destino estaba a su alcance, que otras mujeres lo habían conseguido, irrumpió implacable la enfermedad de él. Estuvo dispuesta a enfrentarse a pesar de todo, a consumir la huida, pero los hijos aparecieron y, solo con la mirada, la devolvieron a sus obligaciones. Todo a punto, todo en orden. Y volvieron los gritos, las culpas y algún manotazo.

Después de la confesión de Mariana la doctora Rivas salió de la casa llevando consigo el peso de una derrota. Los vecinos que la saludaban por la calle se

sorprendieron al verla tan seria. Ella observaba sus muecas risueñas y se preguntaba cuántos secretos esconderían.

La enfermedad cumplió su plan y fue devorando a Leandro poco a poco, hasta que le recluyó en casa, donde ya no tenía más vida que la que Mariana le procuraba. Cada vez que limpiaba su cuerpo llagado, ella recordaba el amor no vivido, el contacto frío, violento, de cuando él mandaba.

Los últimos días, Leandro lloraba en cuanto la doctora se le acercaba. Ella esperaba paciente el final del desahogo, pero el llanto aumentaba hasta que se alejaba desconcertada. Pensó que quizás Leandro veía en ella la máscara de la muerte cercana, ante la que sentía una soledad atroz, un miedo que no podía expresar. Los hijos reprodujeron la ausencia aprendida, solo se acercaban a la casa de vez en cuando, a mirar temerosos desde detrás de la puerta.

Mariana cerraba filas con sus exquisitos cuidados. Todo a punto, todo en orden, intentando camuflar el olor de la enfermedad con la asepsia gélida de siempre. Se permitía, a veces, la esperanza de que su marido le dijera una palabra dulce, aunque no fuera ni de agradecimiento ni de disculpa, pero no llegó. Solo dejó de gritar, dejó de exigir.

En la habitación en penumbra Leandro agoniza. Inspira a golpes intermitentes de tórax. Mariana termina de lavarle muy despacio, con suavidad, porque él ya no opone resistencia. Cuando tras las últimas respiraciones, lentas e irregulares, se impone el silencio definitivo, ella, sin albergar en su ser ni un ápice de venganza, se queda inmóvil junto a él. Todo a punto, todo en orden.